

Un Sueño

Por Klangor

El brillo carmesí de la Luna Roja daba un aspecto siniestro a las zonas iluminadas del callejón. La noche era calurosa para esa época del año y la oronda figura de Nobir sudaba copiosamente bajo la túnica de lino. Acababa de salir de una cena de negocios con un importante armador de barcos, con un buen contrato en su bolsillo y el estómago lleno, el mercader se sentía espléndidamente bien. Paseaba tranquilamente hacia su casa, una opulenta mansión situada en el distrito residencial de Kalaman, justo detrás del castillo de la ciudad. Iba abstraído, como de costumbre, mientras hacía cálculos mentales sobre las ganancias del día.

A sus espaldas se desplazaban sigilosamente sus dos guardaespaldas, Zorash y Tokar, que mantenían la distancia con respecto al rico comerciante, intentando llamar su atención lo menos posible, pues ya sabían lo que pasaba cuando se le molestaba en ese estado de recogimiento. Zorash con su imponente y astada figura era el más alto y fornido de los dos, una gran hacha colgaba a sus espaldas. Tokar de piel cetrina y ojos penetrantes portaba sendos sables colgando de sus caderas. Los dos juntos destilaban poderío y eran pocos los habitantes de la ciudad que osaban siquiera interponerse en el camino de Nobir, mucho menos desafiar sus designios.

Dirigente del gremio de mercaderes de Kalaman, se había granjeado una fama de hombre despiadado y cruel por la forma en que tenía de llevar sus negocios. No pocos eran los capitanes de barco y mercaderes que lucían “caricias” en la cara obra de Zorash o Tokar. Comerciante de gran cantidad de artículos su verdadero negocio radicaba en el tráfico de objetos y sustancias prohibidas. Su fortuna igualaba a la del Señor de la Ciudad, lo que le granjeaba virtual inmunidad frente a los intentos de éste por parar sus actividades.

Zorash escuchó un zumbido a sus espaldas, dos segundos después caía a plomo sobre el duro empedrado de la callejuela. Tokar, que también había oído el ruido, sobresaltado por la caída de su compañero, se giró. Observó a una figura arrojada en la oscuridad de una de las bocacalles que acababan de pasar. Mientras intentaba desenvainar sus sables, un nuevo zumbido hendió el silencio de la noche y un leve pinchazo, casi imperceptible, le hizo mirar su brazo izquierdo y enfocar un pequeño dardo, para acabar cayendo casi instantáneamente junto al corpulento minotauro.

Al oír ruidos tras de sí, Nobir se volvió para reprender a sus guardaespaldas, por no dejarle pensar tranquilo. Ya sabéis lo que os pasará si... Sus palabras se perdieron en la noche, sus ojos desorbitados por el terror enfocaron la negra y estilizada silueta andando tranquilamente hacia él, pasando sobre los cuerpos de Zorash y Tokar, que yacían inertes en el suelo.

Instintivamente echó a correr en dirección contraria a la amenaza. No estaba acostumbrado a hacer esfuerzos físicos, pero corría como un loco. El aire le hacía daño al penetrar en sus pulmones por la falta de costumbre. No veía más que una larga y borrosa cadena de callejones y puertas que dejaba rápidamente atrás, mientras avanzaba por las calles de la ciudad. Dos veces se tuvo que parar para no desmayarse de cansancio y recuperar un poco el aliento. Continuamente observando hacia atrás, con una constante sensación de peligro, pero sin poder ver al encapuchado. Sabía que estaba ahí. No se dejaría coger. No podía cogerlo. ¡No podía! –pensaba una y otra vez. No puede estar pasando esto, debe ser un sueño. Debe ser una mísera pesadilla –repetía en voz alta para sí mismo.

Las piernas le dolían por el esfuerzo que estaba realizando, el pecho le ardía con intensidad. Y cuando ya no podía más, reconoció la esquina que tenía delante, tras ella se encontraba la pequeña plaza que había enfrente de su mansión. ¡Ya estaba llegando! –se dijo, un poco más y estaría a salvo, en la seguridad de su inexpugnable hogar.

De repente, toda su esperanza se vino abajo cuando giró la esquina. Ahí estaba la misma misteriosa figura que había matado a sus guardaespaldas y que lo había acosado durante todo el trayecto. Miró el rostro envuelto en sombras y oscuridad de su atacante y no pudo distinguir más que unos ojos negros. Esto no puede estar pasando –se repitió. ¡Debe ser un sueño! Un reflejo rojizo cruzó aquella negrura y un dolor lacerante se agarró en su vientre. Escuchó el inquietante sonido del acero desgarrando su propia carne y...

- ¡¡¡¡¡Nooooooooo!!!!!! – chilló Nobir con toda su angustia, a la vez que abría los ojos y se incorporaba sobresaltado. Sus rechonchas manos aferraron su prominente barriga. Un frío intenso recorrió su espalda estremeciéndolo por completo. Su cuerpo estaba empapado, pero no con sangre. Percibió con alivio que era sudor, el sudor frío del miedo. No había ninguna herida en su vientre.

Desorientado, miró en derredor intentando recordar dónde estaba, qué hacía ahí. El lugar se encontraba a oscuras. Sus ojos iban y venían en distintas direcciones, intentando captar lo que había a su alrededor. En sus oídos palpitaba un continuo e inquietante sonido, como el resonar de un tambor lejano, y al poco tiempo se percató de que lo que escuchaba eran los latidos de su propio corazón, unos latidos que le recordaban que todavía no había ido a parar al Abismo, unos latidos que lo mantenían alerta y a su vez lo relajaban.

La neblina que hasta el momento envolvía su mente comenzó a desaparecer, de tal forma que poco a poco reconoció el lugar. Estaba en su habitación, una habitación amplia y espaciosa, que aún en la oscuridad le resultaba familiar. Se encontraba sentado en una cama, su cama.

Mientras seguía haciéndose con los familiares recuerdos y reponiéndose del susto que se había llevado con la pesadilla, se percató de qué era lo que lo había despertado, aquello que, para suerte suya, lo había arrancado de tan horribles imágenes. Fijó la mirada en el balcón que había enfrente, al otro lado del cuarto. Las puertas estaban abiertas de par en par y las cortinas ondeaban al viento como los pendones de una fortaleza solámnica. Lunitari llena, se veía claramente a través del umbral, como una gota de sangre en un mar de negrura infinita.

Un nuevo escalofrío le recorrió la espina dorsal y lo sacó de su ensimismamiento. Nobir sintió como una gran furia se apoderaba de él. Su cara adquirió aquella mueca tan peculiar cuando se enfadaba. ¿Dónde estaban los criados? ¿Por qué no se habían preocupado de cerrar bien el balcón? –se preguntaba alterado. Los despediré a la mañana siguiente. Los echaré a todos –concluyó sin bacilar. Malditos ineptos – pensó. Cómo se atreven a dejarme dormir en esas condiciones ¡Lo que quieren es matarme! –dijo lleno de odio. Sí, mañana los despediré –expresó firmemente para sí, y sus labios se curvaron en una maliciosa sonrisa –pero ahora vendrán, vendrán y se arrastrarán pidiendo perdón.

Tanteando buscó la cuerda, la cuerda que haría sonar una pequeña campanilla en uno de los cuartos de sirvientes. Agarró fuertemente el nudo que había en su extremo y tiró descargando toda su rabia.

Esperó unos minutos, pero nadie apareció. Inútiles, más que inútiles. No sirven para nada, lo tendré que hacer yo mismo si no quiero morir congeado. Se van a enterar cuando los pille –manifestó irritado.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó sus descalzos pies sobre una cálida alfombra. Cada vez el frío era más intenso y el resplandor que se filtraba por el balcón más rojo. Lo primero era encender una vela –se dijo, intentando poner calma en su alterada mente.

Algo oscureció la Luna Roja, y la mirada del comerciante escrutó la arcada intentando enfocar el origen de este fenómeno. Sus ojos casi se salen de las cuencas cuando vio lo que había en el umbral. Una figura embozada en ropajes oscuros se recortaba contra el fondo rojo de Lunitari. En sus manos brillaban dos dagas plateadas, dos mortíferos colmillos cuya vida estaban dispuestos a segar.

El mercader incapaz de moverse por la impresión, vio como la figura se acercaba lentamente. No puede estar pasando –se repetía entre un temblor y otro. Esto no puede estar sucediendo. Debe ser un sueño –se decía, mientras sus ojos sólo podían ver las hojas plateadas de las dagas.

Un dolor insufrible, más intenso que el que había sentido en la pesadilla, laceró su vientre, a la vez que las armas penetraban en sus entrañas. Nobir sentía como un líquido cálido, su sangre, se derramaba por su piel. Sus últimas palabras fueron: Un sueño... debe ser... un sueño...